

Juan María Díez Taboada (23 de junio de 1932-12 de diciembre de 2016)

JOSÉ CARLOS DE TORRES*

En un todavía no lejano año de 1998, nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) publicó un magnífico tomo de trabajos humanísticos; su título era *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX: Homenaje a Juan María Díez Taboada* (como uno de los Anejos de Revista de Literatura, el número 47). Miguel Ángel Garrido Gallardo, director entonces de la citada revista, sintetizó adecuadamente el amplio historial profesional de ese hombre, Juan como lo llamábamos los amigos, a quien conoció muy bien.

Tengo la suerte de haber sido su colega de despacho alrededor de cuarenta años en aquel edificio histórico, viejo, de la filología, historia y arte de nuestra cultura española (Duque de Medinaceli 4, luego 6, y sede anterior del Centro de Estudios Históricos). Las aportaciones de Juan siempre serán sugerentes para quienes las consulten en el área del conocimiento científico humanístico. A pesar de la relatividad de nuestra vigencia en el saber, debemos ser humildes a la par que infatigables investigadores.

Para tan honroso encargo de mis colegas, creo preferible recordar algo de su perfil humano, que conocí, para evitar lo ya tan bien expuesto por Miguel Ángel Garrido Gallardo en su reciente necrología publicada en *Revista de Literatura*, sobre su quehacer en el Consejo y fuera de nuestra institución. En el citado Homenaje están sus publicaciones, y por la contribución de los profesores y colegas se puede ver lo considerada que está su figura entre nosotros.

A Juan le agobiaba la posibilidad de escribir para estar presente en el mayor número posible de publicaciones. El tratamiento de temas principales en su bibliografía es un rasgo en el que se puede mirar la profundidad de sus ideas; por ejemplo, Gustavo Adolfo Bécquer y su poesía, las leyendas, así como el teatro romántico español, y por supuesto los géneros literarios, cuyos tratados buscó por las librerías. Su formación germánica y el conocimiento

* CSIC y *Anales Cervantinos*.

de esa literatura fueron sus veneros principales, sin olvidar a Cervantes, Bre-
tón de los Herreros, Antonio Machado...

Le gustaron los libros antiguos. Recuerdo con delicia cuando íbamos jun-
tos a las librerías de entonces: “Mirto”, con doña Herminia, persona culta,
detrás del Museo del Prado, hacia el Jardín Botánico; Luis Bardón, en las
Descalzas Reales, ¡qué fondos debía tener!; la Librería del Prado, que regen-
taba Cayo, tan honrado en sus precios (había que regatear algo con los libre-
ros); la de San Bernardo, con sus fondos taurinos, etc. Aquella generación de
libreros no fue solo de vendedores. Tuvimos a veces conversaciones con ellos
suscitadas por el autor del libro en cuestión; la más de las veces sobre litera-
tura romántica y menos sobre Calderón de la Barca, cuyos tomos de teatro
eran más baratos que algunas obras de Lope, tan prolífero en su talento. Las
universidades americanas tuvieron en España quienes informaban sobre el
mercado para adquirir valiosos fondos; en sus bibliotecas estarían por fortuna
bien custodiados (hablo sobre todo de la época de los años 60). Gracias a Juan
adquirí libros de poesía y de teatro romántico; él se hizo también con una
buena colección de ellos.

Toda esta etapa desapareció en un momento determinado y, visto años
después, fue como una premonición de su posterior deseo de apartarse de su
ambiente cultural, de su profesión. ¿Desengaño romántico? No lo creo. Visto
desde ahora, su figura contrasta con otra personalidad de nuestro entrañable
y reducido mundo de hispanistas, la del profesor Criado de Val, Manolo para
los amigos y conocidos, filólogo y cervantista. Un día me sorprendió al de-
cirme que cada libro publicado era, al menos para él, como un hijo. Supongo
que “sus” cuadros y esculturas, que llegué a conocer, creados por él, debieron
participar de la misma consideración. Conocí su biblioteca con magnetófonos,
cintas, etc., empleados en su empeño de estudiar el coloquio.

Un día Juan me sorprendió al comentar la relatividad de nuestro conoci-
miento humanístico y, como consecuencia, el sentido último de nuestra voca-
ción. Sí comprendía yo su crítica a una sociedad cuya meta principalísima era
producir cada vez más. Aquel comentario me recordó mis lecturas en Andújar
de un ejemplar del Kempis; sin embargo, para mí el aroma espiritual de tales
páginas religiosas no justificaban la duda sobre nuestro mundo cultural. En
fin, todos tenemos nuestra personalidad.

Como casi todos los profesores de literatura de entonces, y cuanto mayo-
res con una afición más arraigada, participó en algunas tertulias. Además de
las visitas de colegas jubilados de Medinaceli, por ejemplo, don José Ares
Montes, el mejor conocedor de la literatura portuguesa de su época; a veces
contó recuerdos suyos de hacía años en la Portugal profunda, donde en oca-
siones tuvo que discrepar con alguna persona mayor de sus opiniones sobre
nuestro país cuando conocían que era español; él siempre tendía a unir a
ambos hermosos países, tan de espaldas antes el uno del otro por la historia
del pasado.

Lo mismo ocurrió con José María Casasayas, cuando un día la biblioteca-
ria Sonsoles Arangüena vino al despacho a presentárnoslo; fue a raíz de

convocar Manolo Criado de Val el congreso internacional sobre Miguel de Cervantes, hacia 1976. Unos diez años después de jubilarse José María y decidir fundar la Asociación de Cervantistas (AC), nos involucró a Juan (su tesorero) y a mí en dicha hermosa empresa cultural. Cuando venía a Madrid por asuntos jurídicos durante tales diez años, siempre procuró hallar tiempo para pasar por el despacho y tener tertulia. El tresillo, que fue de don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos (lo tuvo muchos años en su despacho Pilar García de Diego, hija de don Vicente y secretaria de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, RDTP), acogió a muchos visitantes.

Recuerdo de un viaje de vuelta desde Alcalá de Henares en mi automóvil, donde Juan iba atrás con el profesor don Joaquín Casalduero, con motivo de un cursillo sobre introducción a Cervantes por el congreso internacional aludido, por tanto hacia 1977, y por interés de Juan, le contó aquel detalle de por qué fue la marcha de España de tantos profesores de entonces, en 1939, aparte de por la ideología política.

En cuanto a su pasión becqueriana, debió mantener con el profesor don Rafael de Balbín Lucas muy interesantes conversaciones en el despacho de este en el primer piso de Medinaceli. Precisamente con el Dr. Balbín y Ramón Esquer realizó un viaje de tres días por tierras de Soria y Zaragoza, donde no dejaron de hablar de Bécquer. Vino encantado Juan.

Junto a Antonio Quilis, Juan Manuel Rozas y Antonio Roldán formó una generación joven que impregnó de literatura y lengua nuestra sección de Hispánicas. Los estudios sobre Jiménez Patón de Juan Manuel Rozas y Quilis, el lopismo del primero, el estudio sobre el teatro de Tamayo y Baus de Ramón Esquer Torres, la tertulia literaria del “Círculo de Medinaceli”, en la que llegó a participar el compositor Ramón Barce, etc., tuvieron lugar por aquellos años. En el *Boletín de Filología Española* se puede hallar información de este ambiente científico y tertuliano. No puedo dejar de mencionar *La elegía romántica española*, de María Paz Díez Taboada.

En fin, Juan no fue un investigador solitario enfrascado en sus temas, sino una persona abierta al diálogo con los colegas, unas veces aprendiendo y otras enseñando y dirigiendo. Su formación en Alemania, eminentemente humanística, marcó su formación académica. Y quizá en ella se encuentre la razón de su perfil filológico.